

PADRE DE AGOSTINI: EL EXPLORADOR DEL FIN DEL MUNDO

Claudia Folch Paiva*

El sacerdote salesiano Alberto María De Agostini, en su quehacer misionero llega a la Patagonia chilena donde se destaca como el primer documentalista del Sur del Mundo. Hoy, en la extensa Región de Magallanes y Antártica chilena, cientos de lugares llevan el nombre con que los bautizó este explorador de principios del siglo XX.



Alberto María De Agostini nació en Pollone, pequeño pueblo de Piamonte, el 2 de noviembre de 1883. Fue ciertamente su feliz ubicación, al pie de los Alpes, y la vecindad de Biella, cuna del alpinismo italiano, las

que influyeron, desde la juventud, en el ánimo y las preferencias de De Agostini por la naturaleza.

Desde su infancia, estuvo rodeado de la sublime atmósfera alpina que se respiraba en la calle, en la escuela y en el hogar. Esta pasión por la montaña, por los grandes espacios y las zonas inexploradas creció con él, y ya sobre los Alpes supo destacarse como experto alpinista que acompañaba, junto a la acción, la investigación, los escritos y la naciente documentación fotográfica.

Toda esta experiencia europea de vida al hombro, unida a la cultura del mundo salesiano De Agostini decide transportarla y aplicarla en el sur del mundo. En un territorio que para la mayoría era desconocido y constituía un misterio, una zona donde en

ese entonces había mucho que ver y descubrir. Luego de haber cursado los estudios religiosos en la Congregación Salesiana, llega a Punta Arenas, Chile en 1910 y fue así que una vez instalado en la Patagonia en 1910 el religioso

* Académica, Università degli Studi di Cassino e del Lazio Meridionale, Cassino, Italia.

decidió alternar su propia actividad misionera con la actividad geográfica hasta el punto de convertir esta última en un verdadero trabajo.

A partir de ese momento este sacerdote, fotógrafo, artista e incansable explorador recorrió toda la zona Austral de Chile y Argentina, donde no dejó montaña, paisaje o población sin documentar, convirtiéndose en el primer cartógrafo de la Patagonia. Además fue el primero en filmar a los últimos onas y yámanas que habitaron Magallanes, confeccionando una muestra de imágenes de incalculable valor antropológico y cultural.¹

Por otra parte, fuera de religioso y un gran explorador, el Padre De Agostini fue un notable escritor y reportero, aunque la escritura fue un aspecto rico y complejo de su personalidad que, como muchos sostienen no ha sido suficientemente considerado y estudiado. Sin embargo, los méritos de sus escritos son tales que sus libros de geografía se leen con la pasión y el sentimiento que evocan recuerdos lejanos de Verne, Conrad, Salgari, pero en un terreno literario reservado y discreto que sólo de vez en cuando revela la sensación de libertad que sacude nuestra alma frente a la magnificencia de la Creación.

En sus escritos, siempre se siente una profunda inspiración espiritual, por lo que la belleza de la zona nos lleva a otra dimensión, otros horizontes, que no son de este mundo, un anhelo de lo infinito y el misterio que es la quintaesencia del espíritu religioso.

El Padre De Agostini no sólo con sus magníficas y detalladas descripciones ha hecho soñar y lo continúa haciendo, abriendo los ojos de millones de personas hacia un mundo que en ese entonces era aún considerado un terreno exótico, temido y desconocido, como un tesoro oculto. Se dice que gracias a él la Patagonia se abrió al turismo, fue él a darle nombre a cumbres y territorios hasta ese entonces vírgenes, que actualmente son meta de peregrinaje de miles de turistas que visitan esas zonas australes cada año. Por esta razón no es una casualidad que en el comentario de la portada de la última edición de su gran

obra "I miei viaggi in terra del fuoco", se escribe meritadamente sobre él y se le considera "el último explorador al fin del mundo antes de la llegada del turismo".

Padre De Agostini y el lenguaje sublime

Como escritor el Padre De Agostini ha sabido adaptar y reciclar el concepto de sublime, como lo habían hecho desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XIX los artistas románticos que lo rescataron de las ruinas del clasicismo. Nace así una particular y poética forma del lenguaje literario que sin lugar a dudas el Padre De Agostini supo acoger y adaptar a su propio background cultural, creando así un nuevo código literario que permitió al sacerdote, al igual que lo hicieron dichos artistas durante el Grand Tour, poder expresarse y describir territorios hostiles, inmensos y majestuosos como lo es la Patagonia y Tierra del Fuego, donde parecieran no existir palabras para expresar tanta bondad, esplendor y magnitud creadas por la mano de Dios. El Padre De Agostini tuvo que buscar la manera de expresar en sus escritos, el concepto de hórrido-sublime, que como nos explica el filósofo Remo Bodei,² se refiere a ese terror mezclado a un sentimiento de placer, frente a un espectáculo natural grandioso e incontrolable, que nos confunde los sentidos y a su vez nos impide poder expresarlo por su grado de intensidad.

Es aquí donde vienen en su ayuda personajes como Burke y Kant creadores de este particular modo de expresarse, en donde a la naturaleza vienen dadas características de religiosidad y misticismo.

Gracias a la influencia de estos autores románticos estudiados durante sus años de seminarista, De Agostini ha creado una prosa fantástica en donde este sacerdote-escritor no deja de dar al texto una luz particular de poesía, que transforma los elementos profanos en pedazos de un gran mosaico sagrado, porque gran parte de la prosa de agostiniana, sobre todo aquella que se aleja de los tecnicismos, está llena de poesía y religiosidad, y coincide plenamente con el concepto filosófico de lo sublime natural estipulado por Addison, Burke y Kant.

1. 30-40000 fotografías, 60 películas en 35 milímetros que se encuentran en las oficinas de los Salesianos, pero aún no completamente inspeccionados dos documentales. Entre los nuevos materiales, un resumen de toda la vegetación patagónica. Probablemente existe mucho más material que se espera encontrar en los archivos, tanto en Italia como en Punta Arenas en el sur de Chile.

2. Cfr. Remo Bodei, Paesaggi sublimi. Gli uomini davanti alla natura selvaggia, op. cit.

Se puede decir que Addison fue el primero que dio su aporte al estilo de De Agostini, ya que fue él a unir el concepto de grandeza al de sublimidad, tema muy patente en las obras del sacerdote, considerando que la Patagonia y Tierra del Fuego se caracterizan por su inmensidad y su belleza sin límites, cosa difícil de narrar con palabras simples para un simple espectador, pero que De Agostini supo describirnos a la perfección.

Por otra parte la importancia de Burke en la obra del sacerdote, radica en que éste fue el primer filósofo en argüir que lo sublime y lo bello son categorías que se excluyen mutuamente, del mismo modo en que lo hacen la luz y la oscuridad, ya el sublime que no nace de la armonía de la forma o la contemplación desinteresada, sino de un sentimiento ambivalente de miedo y placer frente a todo lo que es enorme (el vacío, la oscuridad, las fuerzas que desencadena la naturaleza). Para Burke la belleza provoca amor y lo sublime temor, que pueden sentirse como reales. Introdujo igualmente la categoría de lo “patético”, emoción igualable al placer como sentimiento, que proviene de experiencias como la oscuridad, el infinito, la tormenta, el terror, temas recurrentes en las obras³ del sacerdote. Todo este mixto de sentimientos, no fueron desconocidos para De Agostini que, encontró en esta descripción de lo sublime una herramienta preciosa para poder narrar detalladamente al mismo tiempo tanta magnitud, belleza, horror, misterio, fealdad, calidez y frialdad que indudablemente se encuentran en los espectaculares, salvajes e inhóspitos paisajes del sur del mundo y que fueron su hogar por medio siglo.

Con respecto a Kant y sus dos tesis sobre el sublime, la matemática y la dinámica, la primera causada por lo que es inmensamente grande, como la infinitud del tiempo y del espacio. Sublimidad que surge de la contemplación de la naturaleza y las propiedades de tiempo y que demuestran que frente a la magnificencia de la naturaleza, el hombre sufre una sensación de desconcierto y frustración, pero luego reconoce

gracias a la experiencia de lo sublime su propia superioridad, en cuanto es el único ser capaz de realizar una acción moral, que lo coloca por encima de la naturaleza y de su grandeza. Y la segunda estrechamente relacionada con los grandes fenómenos naturales como las tempestades, huracanes, cascadas, diluvios, terremotos entre otros, es decir la expresión del poder aniquilador de la naturaleza, antes que el hombre tome conciencia de los límites.

Todos estos componentes de la naturaleza (ya sea matemático como dinámico) están presentes, sin lugar a dudas en las obras del misionario, que en ningún momento perdió la ocasión de demostrar cómo es diminuto e insignificante el hombre, frente a una majestuosa montaña o a una irrefrenable tormenta, como para dar un ejemplo de los dos tipos de sublimes del que el filósofo nos habla.

Por otra parte con respecto a los grandes autores románticos tales como Goethe y Schopenhauer, se han detectado numerosas similitudes en las formas descriptivas y uso de lenguaje metafórico, encontradas en los textos del sacerdote, sobre todo en lo que se refiere a figuras retóricas como la comparación y la personificación de objetos inanimados como las montañas que a menudo son comparadas con vírgenes inmaculadas

Se presume que De Agostini, estaba familiarizado con la singular lista elaborada por Arthur Schopenhauer, que en su obra *“El mundo como voluntad y representación”*⁴ describe las diferentes escalas de sublime que según él existían y que va desde lo simplemente bello hasta el sentimiento completo de lo sublime. Para este filósofo, el sentimiento de lo bello nace simplemente de la observación de un objeto benigno. El sentimiento de lo sublime, en cambio, es el resultado de la observación de un objeto maligno de gran magnitud, que podría destruir al observador y esto es precisamente lo que nos transmite el Padre De Agostini, con certeza conocía muy bien esta “gama de sublimes” que va desde el sublime más ligero a uno de estado profundo y lo demuestran

3. Los números del padre De Agostini: 60 libros en varios idiomas: Italiano, Inglés, Alemán, Español, Magiar. Importantes álbumes: Mis viajes en Tierra del Fuego 1924; I.B. 1933-1935, Paisajes Magallánicos 1946, Treinta años en Tierra del Fuego 1955, Magallanes y Canales Fuegino 1960, Esfinges de hielo, Andes Patagónicos 1941 y la primera guía turística de la Patagonia.

4. Arthur Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, en *Sämtliche Werke*, 7 voll., A. Hübscher (ac), Wiesbaden 1972, voll II-III (trad.it.a cura de G. Riconda, Il mondo come volontà e rappresentazione, Milano 1991, capítulo 39).

sus miles de narraciones, que describen desde un sobrecogedor y rojo atardecer hasta una tormenta en medio del imponente y temido Cabo de Hornos, en donde las gigantescas olas amenazan con arrasar todo lo que encuentran a su paso o algún episodio de montaña, donde junto con la descripción de la magnífica y soberbia montaña, el sacerdote describe la dificultad y el sacrificio humano para llegar a ella, a causa de algún derrumbe o tormenta de nieve.

Lo mismo se puede decir de los pintores de la época romántica, los cuales en este trabajo han sido comparados con la prosa (y fotografía) de agostiniana, creando la impresión de estar sintiendo propia la narración detallada de determinado cuadro por parte de De Agostini. Sobre todo en la obra del pintor alemán Caspar David Friedrich, "El caminante sobre el mar de niebla", a la cual se ha particularmente prestado atención, ya que este cuadro se debe interpretar, según el código romántico, como un caminante que nos invita humildemente a observar la grandeza que tiene frente a él, un paisaje infinito, inaccesible e inabarcable para la vista humana. Una vez más, se toca el tema del infinito y la insignificancia humana, tema que se encuentra presente en toda la obra de agostiniana, sobre todo en los episodios en que él como explorador o su expedición, en el caso de Sfingi di ghiaccio, (en donde fue director técnico) tienen que enfrentarse a las fuerzas de la naturaleza o a las inclemencias del tiempo y la mayor de las veces son invadidos por un sentimiento de impotencia.

El sacerdote salesiano está consciente de esta nueva categoría estética del hórrido -sublime al igual que del bello- hórrido y conoce bien las escalas de valores que van desde el bello al sublime.

Por otra parte y al contrario de lo que pensaba Addison, el cual dice que la unión de la moral con la religión son fundamentales para generar la sublimidad; Burke, cree que lo sublime actúa sobre la unión de la mente con el cuerpo, provocando así sentimientos mixtos, en donde la vista de un mar en tempestad puede causarnos tanto un colapso a los sentidos, como sensaciones físicas, tal como los escalofríos o palpitaciones. Estos sentimientos encontrados, mezcla de terror y placer que afectan tanto nuestra mente como

nuestro cuerpo, han sido muy bien representados por el sacerdote salesiano en gran parte de sus escritos.

De Agostini y la sublimidad del océano

El océano es un elemento fundamental en las narraciones y fotografías del Padre de Agostini, no obstante la montaña significase todo su mundo, por haber nacido en tierras alpinas. Por esto el océano desde el momento que se embarca por primera vez hacia el sur del mundo pasó a ser un elemento nuevo y trascendental en su vida de explorador.

Las aguas de este gran mar abierto eran completamente distintas a las calmadas aguas de los lagos del norte de Italia que él conocía. Estas quietas aguas muy poco tenían que ver con las turbulentas aguas del extremo sur del océano Pacífico que muchas veces el religioso describió como un verdadero y feroz monstruo, que amenazaba con tragarse todo.

Este monstruo que por primera vez conoció y enfrentó al llegar al fin del mundo, donde se encuentran las fuertes corrientes de los océanos Pacífico y Atlántico era completamente opuesto a la imagen sagrada, inmaculada y apacible de la montaña a la que el Padre De Agostini estaba acostumbrado. Porque no existen dos elementos más contradictorios que la montaña y el mar. Mientras la primera simboliza la verticalidad, la pureza y la quietud; el segundo representa la horizontalidad, el movimiento constante, el fluir de la vida que cambia a cada instante, lo que nos provoca una sensación de inquietud contraria a la sensación de serenidad que nos envuelve al observar la montaña.

Cuando De Agostini se refiere al mar furioso como un monstruo, no podemos dejar de pensar en las palabras del filósofo alemán Schopenhauer que a mediados del mil ochocientos, usaba ya un lenguaje que definía e ilustraba en todo su esplendor el hórrido-sublime.

Schopenhauer, en "*El mundo como voluntad y representación*", nos describe, un mar en tempestad, en donde las olas gigantescas, parecieran ser monstruos que lanzan bramidos como el grito de una bestia furiosa, que desata en quien la admira y escucha un sentimiento de estupor,

horror y al mismo tiempo maravilla y que a su vez aterroriza porque amenaza con destruir a todos y a todo lo encontrado al paso. Por su parte en *"I miei viaggi nella Terra del Fuoco"* del Padre De Agostini, encontramos notables semejanzas en el lenguaje y adjetivos usados por el filósofo. Al igual que Shopenhauer, el sacerdote compara el mar tempestuoso con un temible monstruo que lanza espantosos rugidos. Pero por otra parte, nos evidencia esa extraña mezcla de sentimientos, de miedo, amalgamado con el placer de ser testigo de tan espléndido y aterrador escenario.

El duelo hombre v/s océano

Sublime, sin embargo, no se refiere sólo al monstruoso mar furioso y a su particular manera de percibirlo, sino que además a la heroica actitud del hombre de enfrentarse a una naturaleza inmensa y prepotente. Y es aquí donde se crea el duelo. En éste es casi imposible que el hombre resulte vencedor, sin embargo existe una mínima chance y es a través de la inteligencia, los valores morales y el raciocinio de los cuales el ser humano está provisto⁵.

Por otra lado una vez asimilado que éste no podrá jamás competir y ganar a la fuerza de la naturaleza, se enfrenta inevitablemente al infinito, y es aquí donde se deben superar los riesgos de la montaña, de los océanos, de las selvas, de los volcanes y de los desiertos, no sin antes, pero, sorprenderse que el terror probado al inicio puede teñirse de placer.

De Agostini nos describe muy bien este tema en *"I miei viaggi nella Terra del Fuoco"* donde describe perfectamente esta rivalidad que, desde los albores de la civilización existe entre el hombre y el mar, y que es dictada principalmente por el peligro que las aguas representan para el ser humano, ya que como hemos mencionado anteriormente, éste es una criatura no apta para la vida acuática

Los pocos, pero valiosos escritos del sacerdote sobre el mar dejan entrever patéticamente esta condición de inferioridad e impotencia del hombre ante el poder y la fuerza perturbadora del océano.

Con estas palabras De Agostini expresa perfectamente lo anteriormente citado por Bodei que el hombre ha sido siempre un esclavo del mar, debido a que éste es imposible de domesticar. Por ende el ser humano debe inevitablemente someterse a su voluntad, por mucho que venga intimidado por ésta, mostrando siempre cautela y desconfiando de la aparente calma de sus aguas.

La prosa de agostiniana reproduce fielmente este sentimiento de inferioridad del hombre frente a la potencia de la naturaleza, en este caso el mar, evidenciando la transitoriedad de la vida frente a la eterna y violenta fuerza oceánica.

El océano como metáfora de la Navigatio Vitae

El miedo que nos causa la sensación de estar en peligro y a su vez las ganas de enfrentarse a lo desconocido del que ya hemos hablado es una de las fuentes creadoras de los mitos y las metáforas, que según el filósofo Remo Bodei, entran a formar parte de la estructura misma del ser humano, el cual está perennemente en viaje: desde lo conocido a lo desconocido; desde el pasado al futuro; pasando por el puente del presente, y desde el nacimiento hasta la inevitable meta final que es la muerte.

En esta metáfora, la vida es paragonada a un largo viaje a través del mar, la denominada, "Navigatio Vitae", por este motivo la navegación ha sido siempre considerada como la metáfora de la existencia humana.

Como ya hemos dicho la característica principal de este "viaje especial" a través de la vida, es de estar siempre en movimiento, ya sea en el tiempo que en el espacio, porque cada uno de nosotros nace en un determinado lugar y en una determinada fecha y a medida que la vida fluye, nos encontramos con un sin fin de peripecias y obstáculos, que nos dan la experiencia necesaria en esta vida.

Esta metáfora de la Navigatio Vitae como un "viaje de azar", implica que dependiendo el tiempo o los distintos caracteres del ser humano, cada uno tenga una actitud distinta frente a la vida. Existen quienes eligen ser protagonistas de su

5. Cfr. Bodei, Paesaggi sublimi, op. cit., pp. 29-30.

propia existencia y por otra parte quienes muestran menor disposición a las situaciones de riesgo y por lo tanto prefieren ser sólo espectadores en vez de actores.

Sin embargo existe una característica de esta *Navigatio Vita*, que es común para todos. Cada uno de nosotros tenemos delante a nuestros ojos un camino que está lleno de bifurcaciones, obstáculos y peligros que no podremos jamás conocer con anterioridad.

Surge así la idea que esta “navegación” sirva para poder adquirir experiencia y no para acumularla como se hacía en el pasado; porque en la actualidad la experiencia la encontramos en situaciones donde las cosas cambian rápidamente.

Como el héroe de la mitología griega Odiseo, quien fue un viajero que debió afrontar muchos obstáculos y sufrimientos a lo largo de su vida, pero en cambio aprendió a ser un hombre, astuto, paciente y visionario.

Otro hombre, esta vez de la vida real, que decidió ser protagonista en esta *Navigatio Vitae*, de la que ya hemos hablado, fue sin duda el Padre Alberto De Agostini, que como hombre moderno decide compartir toda esa experiencia de vida adquirida con quienes prefirieron ser “sólo espectadores”, usando las palabras de Bodei. Ya que la experiencia forjada en un viaje no sólo nos ayuda a crecer y conocer cosas nuevas; no se refiere sólo a descubrimientos geográficos y estudios antropológicos, sino que se refiere por sobre todo a saber transmitir dicha experiencia, tal cual lo hizo el misionario salesiano que dio a conocer a la vieja Europa, a través de una nueva forma de lenguaje, un mundo completamente desconocido, fascinante y aterrador al mismo tiempo.

Con respecto a la obra del misionero, esta metáfora está siempre presente, aunque no de forma evidente. De sus escritos podemos extraer una metáfora de la metáfora, por ejemplo en los casos cuando nos describe el cambio del

mar, cuando de la calma pasa a la tempestad (o viceversa), amenazando vidas humanas. Seguramente como religioso y hombre espiritual, estaba muy latente en él este concepto de *Navigatio Vitae* y al describir este océano furioso que cambia improvisamente, es probable que haya querido simbolizar el fluctuar de la vida, que inevitablemente lleva a la muerte.

Y no sería el primer escritor en hacer esta asociación y servirse de esta metáfora, lo hizo mucho tiempo atrás el ilustre Boccaccio en la novela de Landolfo Rufolo, una de sus narraciones del *Decamerón*, donde el mar se convierte en la metáfora de la suerte, porque a causa de su constante movimiento y a sus cambios repentinos, representa los caprichos del azar. En esta historia el mar, simboliza los altos y bajos (tal y cual la imagen de una ola) en la vida del protagonista, que a lo largo de su existencia, pasó por periodos de éxito y fortuna, alternados con momentos en donde lo pierde todo, volviéndose a poner en pie y recuperar sus riquezas:

“de esta manera, arrojado por el mar ora aquí ora allí, sin comer, como quien no tiene qué, y bebiendo más de lo que habría querido, sin saber dónde estuviese ni ver otra cosa que olas, permaneció todo aquel día y noche siguiente. Y al día siguiente, o por placer de Dios o porque la fuerza del viento así lo hiciera, éste, convertido en una esponja, agarrándose fuerte con ambas manos a los bordillos del cofre a guisa de lo que vemos hacer a quienes están por ahogarse cuando cogen alguna cosa, llegó a la playa de la isla de Corfú.”⁶

Con estas palabras podemos interpretar a través de la morfología del mar y sus cambios, cómo la vida puede pasar de ser bella y tranquila a transformarse en un caos, que nos trastorna y amenaza, cosa que nos lleva a comprobar cómo la metáfora de la *Navigatio Vitae*, está siempre presente en nuestras vidas.

6. Boccaccio, *Decameron- Il giornata- nov IV*.